

MAÑAS NÚÑEZ, M. (ed.), *Fedro/Aviano. Fábulas*. Akal/ Clásica. Madrid 1998, 341 págs.

Sea bienvenida la edición-traducción, obra de M. Mañas, de los dos fabulistas latinos, Fedro y Aviano, no sólo para nuestra área de conocimiento sino también para el mundo hispano-parlante. La fabulística o *fabella*, según la terminología de Fedro, o *fabula* según Aviano, fue considerada un género menor por el cual la literatura latina mostró escaso interés. Pero si bien no ocupó un espacio importante en los estudios literarios de la antigüedad grecolatina, siempre resultó atrayente y despertó no poca curiosidad. En las últimas décadas no han faltado estudios generales acerca de la fábula antigua y de la fabulística posterior deudora natural de aquélla y que, sin solución de continuidad, alcanza aún a nuestros días, estudios tales como los de Wienert, Hervieux, Nojgaard, R. Adrados, Janssens y otros.

Aceptamos por consenso que el creador de la fábula fue el misterioso y moralizador Esopo del siglo VI a. C. A él remite principalmente el género fabulístico sin olvidar las influencias orientales, sobre todo a partir de la Edad Media. La fábula esópica fue superada al adoptarse en su presentación el verso en lugar de la prosa y ampliada con nuevos motivos y orientación. Así ocurrió con Fedro, el griego Babrio y Aviano quienes innovaron temas y elevaron el apólogo esópico a la dignidad de género literario. Concretamente, Fedro se gloria de no contentarse con el frío y árido relato esópico sino de añadirle los atractivos del arte, y de este modo haber hecho del angosto sendero de Esopo una larga vía.

En realidad, existía un uso aislado de la fábula, incluso antes de las colecciones propiamente dichas, uso cultivado ocasionalmente por escuelas filosóficas, historiadores, oradores y satíricos. La *brevitas* poética y la *simplicitas dicendi* pertenecen al estilo de la fábula fedriana y, en general, al género. La naturaleza de la fábula esópica aparece recogida en la antigua definición que conservamos de Teón: fábula es un relato ficticio verosímil. Así, resulta esencial a la fabulística la ficción alegórica o una cierta alegoría sostenida. Expresamente lo declara Aviano al final de su prólogo-dedicatoria a Teodosio: «He hecho que los árboles hablen, que las bestias lloren con los hombres, que las aves discu-

tan con palabras y que los animales rían de modo que incluso los propios objetos inanimados emitan sentencias acordes con las necesidades de cada individuo» (p. 310). Se trata de divertirse con los animales y con otros seres o personajes, de representar la vida y el carácter de los hombres, sirviéndose de lo más representativo de ellos, antes que censurar a individuos. De los animales, en general, se resalta lo característico de cada uno, por ejemplo, del león y del águila, el poder. Hay que conocer bien las costumbres de los animales, y de entre ellos, los animales domésticos son los más familiares y por ello los más frecuentemente utilizados en los relatos. Es que «somos —escribía La Fontaine— el compendio de cuanto de bueno y malo hay en las criaturas irracionales».

De ahí que, normalmente, del carácter didáctico-moral inherente al género, deduzca Lessing que la fábula es un relato en que se reconoce intuitivamente un principio general de moral. Por ello casi siempre aparecen los promitios, es decir, a qué circunstancias se aplica la fábula y los epimitios o moraleja que formulan una verdad. Así decía De Boufflers, en ocasiones también fabulista, que la moral necesita para ser bien recibida de la máscara de la fábula y del encanto del verso.

Mucho más se podría decir de la fabulística. De todo ello nos ofrece rica información el editor del libro que reseñamos en las sendas introducciones generosas que preceden a su edición y traducción de las fábulas. En la introducción referida a Fedro presenta en diferentes epígrafes lo siguiente: la vida del fabulista y la cronología de su colección, la relación entre Fedro y Esopo preconizada en el prólogo fedriano «materia inventada por Esopo que adorné en versos senarios», temas relativos a Fedro y a la fábula, fuentes y tipología, técnica narrativa, contenido, lengua, estilo y métrica, pervivencia, tradición manuscrita, notas sobre la traducción, resumen, fuente, tema y esquema de cada fábula. Sigue una bibliografía clasificada en repertorios bibliográficos, ediciones, traducciones y estudios. Continúa con los cinco libros de fábulas fedrianas más el apéndice compuesto de las treinta y dos transmitidas por Perotti. Y, casi independientemente del fabulista Fedro, intercala la edición de las fábulas de Aviano, anteponiendo igualmente una introducción, no tan extensa como la anterior, pero adoptando criterios semejantes a los ya señalados respecto a la fábula fedriana.

Pues bien, después de exponer las características generales de esta meritoria obra, hagamos algunas observaciones. Comparto tanto sus elogios como también algunas críticas vertidas por A. Serrano Cueto en la reseña detallada que publicó en el *Boletín informativo de la SeLat*, julio 1999, pp. 55-62. Pues, pese al buen trabajo que merece nuestro mayor encomio, también es innegable que cualquier trabajo es perfectible. En líneas generales comparto con el recensionista citado el tratamiento desigual que M. Mañas adopta respecto de uno y otro fabulista. Pues dado que se trataba de presentar en un

solo volumen ambos fabulistas no sé por qué había que disociar los estudios introductorios. Resulta pertinente esta crítica con todas sus consecuencias. En todo caso hubiera preferido yo dos volúmenes separados, aunque soy consciente de las exigencias editoriales. Para Fedro bien cabe una edición aparte, pero incluso Aviano, justamente por el hecho de haber sido marginado en nuestro país tanto tiempo, merecería dedicarle toda una edición. Realmente, posee suficiente entidad: es un autor de finales del siglo IV o de comienzos del V que intenta superar y separarse de la *rudi latinitate* de su fuente adoptando un metro más refinado, el dístico elegíaco, con influencias netas de Virgilio y de Ovidio. Por otra parte su obra constituye un corpus de 42 fábulas de influjo babriano, aunque no se reduzca a Babrio. Se podría haber destacado y desarrollado más ampliamente el carácter innovador del género fabulístico en época tan crucial, innovaciones que responden a otros parámetros y gustos literarios que apuntan y rigen en los tiempos de Aviano. Ello tendrá continuidad y pervivencia en la Edad Media, Renacimiento y posteriormente hasta llegar a La Fontaine, Samaniego e Iriarte. También podría haber tematizado los hechos de prosodia propios de la baja latinidad con un estudio métrico más detallado y de lengua. La bibliografía es abundante pero no «casi única» (p. 285), pues en 1988 dirigí una tesina en la Universidad de La Laguna en la que el profesor G. Santana Henríquez efectuó una edición y traducción de «la fábula en Aviano» aún inédita, y fruto de la cual son algunas de sus publicaciones: «Aviano y la transmisión de la fábula grecolatina» *Revista de Filología de la ULL* 8/9, 1989/1990, pp. 367-380, y «La figura del *rusticus* en las fábulas de Aviano» *Boletín Millares Carlo* 11, 1990, pp. 141-144.

Pero dejemos lo que a uno le hubiera gustado, pues lo que tenemos, sin embargo, es un solo volumen para dos fabulistas, Fedro y Aviano, y una buena traducción anotada generosamente con abundantes notas explicativas. Ahora, gracias a Akal/Clásica podemos acercarnos a estos dos fabulistas latinos en una aceptable y meritoria edición de M. Mañas que se echaba en falta y ello es de agradecer.

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS